

Concierto desde Aranjuez/Montserrat Doucet

MONTSERRAT DOUCET

CONCIERTO DESDE ARANJUEZ

Título del libro:

Concierto desde Aranjuez

Autor:

Montserrat Doucet

Derechos de autor:

© Montserrat Doucet

© De esta edición: Ediciones El Nosedal S.A.C.

Diseño y diagramación:

Bruno Cárdenas

Corrección de estilo:

Danilo Raá Rodríguez

Rómulo Torre Toro

Edición:

Ediciones El Nosedal S. A. C.

Av. Del Río 111, Pueblo Libre, Lima-Perú

Tiraje:

1000 ejemplares

Impresión:

Punto & Grafía S.A.C

Av. Del Río 113, Pueblo Libre, Lima-Perú

Telf: 332 - 2328

ISBN:

978-612-4195-14-3

**Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca
Nacional del Perú:**

N° 2014-06848

Código de barras:

N° 978-612-4195-14-3

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

DESDE LA DORADA LIMA

Después de Madrid, fue Aranjuez una de las primeras ciudades que conocí cuando residí una larga temporada en España. No me imaginé que pasarían varias décadas para que conociera en Santiago de Chile a una poeta que había nacido en esa tierra de jardines, estatuas y fuentes: Montserrat Doucet.

Participábamos, aquella vez, en un evento internacional de poesía. Y escucharla decir sus versos me hizo recordar al Tajo cuando pasa cantando junto a los parques de su bella ciudad.

Pasarían también algunos años para volver a encontrarla, esta vez en Lima, donde leímos confundidos con voces conocidas y de poetas que hoy despuntan en la reciente poesía peruana. Entre los primeros, Marco Martos, Hildebrando Pérez, Sonia Luz Carrillo y yo. Y entre las poetas más recientes, Alessandra Tenorio, Karina Valcárcel y Érika Rodríguez. Soy testigo de la acogida que entonces tuvo Montserrat.

Ahora me alegra escribir, a manera de pórtico, unas líneas para su antología poética que aparece en el Perú, enriqueciendo la prestigiosa colección de El Mirador.

Un sabor taciturno en el paladar me dejaron en Santiago tanto ella como su poesía, descubriéndome su mundo interior como poblado de sombras y silencio, como si una gran soledad la envolviera. Como si musitara, solo para ella, su adelgazada

tristeza desde la oscuridad del amor. La persistente presencia de la noche («la noche y sus nieblas», «tengo demasiada noche en la piel», «mi amado es la noche», «la muerte, la niebla y el tiempo») remarca esta desolación, su vocación por lo lóbrego, mediante vocablos como bruma, sombra, nocturno, muerte, oscuridad, crepúsculo, cruces negras, sarcófago. El poeta Javier Sologuren le confiesa a la poesía, en una especie de poética, «solo en el dolor creo haberte visto». Y Montserrat pareciera seguir esa ruta de abatimiento. Sologuren dice: «Morir donde las aves toman rumbos desconocidos entre las olas y la noche». Montse se dirige al amor en tono de oración: «Ofrenda de los dioses a mi vida, tú, / el silencioso. / El callado guardián de mis ruinas». O: «El mar de Chira / es una ola oscura / en la que me ahogo sin ti».

Como contraparte del negror que tiñe de penumbra una buena parte de su poesía, Montserrat nombra también reiteradamente las palabras sueño, agua, luz, mar, lluvia o paraíso, en sus acepciones de quimera, de vida, de otra estación. Son los momentos esperanzadores de la autora, en los que es tocada por pequeños rayos solares que se filtran por tibias rendijas, y el lenguaje asume otra música y se transforma en navidad, pájaros, brisa, campanas, risas, trigo, naranjas, verano. Asoma otro color: el verde. Y desde luego, «el color encendido de las frutas».

Poesía la suya que cala hondo, rigurosa, de voz sosegada, sin partituras lastimeras de la amada y el amado. Es eso lo que el lector percibe, reclama y celebra.

ARTURO CORCUERA

CULPABLE DE MILAGROS

(1999-2001)

CARICIAS DEL IMNSOMNIO (SAUDADE DE GALICIA)

No, nunca imaginé
que poblarías mis sueños
de tus tierras más verdes que el recuerdo
allá en el fondo
oscuro, inmarcesible de tus montes.
Que tus prímulas rápidas
tirarían de mi ausente corazón
hacia tu nieve donde todo aguarda,
hacia tu nieve que se funde y vuela
tan solo y solamente
en el amarillo botón
de su sol peregrino.
Que tus cascadas llorarían sus cielos
sobre mi persistente corazón.
Que tu niebla de largos dedos fúlgidos
acaricia de noche
todavía mis insomnios.
Que tu cielo tantas veces besado por la sombra,
ah, por volar tan cerca de la tierra,
mordería con su luz
todavía azulmente mis recuerdos.

HUMEDAD INSOMNE

Me besas desde el fondo
de cristal de la tierra.
Toda tu tierra
sedienta de raíces
sube hasta mí,
mineral de verdades,
desde tus besos donde somos vuelo.

Es que quiero subir a la humedad
que nunca duerme, nunca entre tus labios.
Y en tus labios regreso
a ese mundo escondido:
mineral de tu luz,
loca de luz conmigo,
amor mío, de sueños verdaderos.

SENSACIÓN DE MAR

Hoy me ha parecido sentir el mar
y la inacabada pulsación de la espuma.

Desde los frágiles
acantilados del ayer
mis deseos soltaron escaleras
para que peces y algas desprendidas
desde lo alto atisben hacia el cielo.

En el cristal en paz de la mañana
el mar y solamente el mar
quiso subir del todo hasta mi casa.
Y era tu corazón, amado mío,
en la resaca viva
de nuestros cuerpos abrazados.

EL MAR DEL SUEÑO

Sé que en las noches tú me envías
altos, dormidos barcos en pijama,
para que yo sueñe al muchacho
sin orillas que fuiste.

Porque sigues callando
ante todo el cielo sin alas
y sin espumas y casi sin mar.
Porque el único muelle
es la noche del agua.
Y solo yo canto, ¡ay!,
desnuda de azul y desnuda de olas.

Y tropiezo con tus grandes barcos —casi brisa—
en las angostas playas de la noche.
Tú aquí: horizontal y casi amado.
Aquí, al borde de las pálidas caracolas
sigues enviando tus nocturnos barcos...

Y... ¿Por qué si estás aquí, siempre, siempre,
siguen viniendo
desde el otro silencio del mar?

LOS LABERINTOS DE LA NOCHE

Hay algo en la oscuridad de la noche
que hace que cesen los espejos del canto.
Mientras la luna trabaja por su cuenta,
rompiendo el papel lustroso de la noche
y asomando su inesperado
cuerno de plata solitaria.

También tú rasgas
la noche así, mi amor,
pero no cantas todavía en mí.
Y tus ojos, estrellas
apagadas por la distancia,
silencian húmedamente mis almohadas.

¿Es que vienes a robarme los sueños?
¿O solo soy la blanca respuesta
que aún sigues buscando
entre los laberintos
de papel charolado de la noche?

TÚ

Alguien me abraza desde el otro lado,
orilla clausurada de la noche,
y no eres tú.
Pero tiene el aroma
sin tregua de tu origen,
con su boca de césped sobre mí.

Bosques de solo niebla
le preceden entre mi noche,
y sus manos no son solo sus manos,
y no eres —y eres— tú.

COMO UN NAUFRAGIO

Y te encontré en la orilla del naufragio,
a ti que trabajabas invisibles estrellas
— con tus manos de mago —
hasta unirlas al canto.
A ti que ya deslizas,
tacto y gota, tus húmedas palabras
sobre mi sed en cruz de abandonada.

Y canté yo entregando mis regresos,
no sabiendo que tú también, herido,
también tú eras,
junto a los laberintos del mar,
también un náufrago.

EL AMADO

Es que mi amado es la noche
tan constelada y alta del desierto.
En donde el agua es solo
el único sendero enamorado
desde el cielo hacia el mar.

Mi amado tiene
toda la sed de lunas de la noche
anclada bajo el cielo sin tiempo.
Y que no es azul, que no,
que solo arrastra estrellas.
Guía de mis caminos
entre tantos regresos sin campanas.

Mi amado, el de mis besos tan besados
que encienden más allá su oscuridad.
Vibrante es su caricia nocturnísima
que me envuelve de siempre.
Porque siempre es su beso lo que llega,
siempre, en cualquier lugar...

EL CANTO

Quiero cantar, cantar todo tu nombre,
continente de brisa de tu amor,
y levantarlo por el cielo mudo
rompiendo las estrellas del ayer.

Quiero besar, besar tu cuerpo solo
en el inmenso azul que lo dibuja,
y ser como la brisa
tan pronta de la tarde
en ti, que es... pero no está.

Y quiero atravesar, atravesar sola
el túnel que en el agua de la noche
separa mi destino de tus sueños.
Y ser, desnuda, lágrima y rocío
en la insondable agua,
amor, de tu existencia.

CULPABLE DE MILAGROS

La primavera estaba toda
subida por los cielos.
Desde el aire al azul
solo agua, luna, agua...
Contenidos silencios de la piedra y el tiempo.

Te llamé... Y solo alas cayendo
como estruendo de las hojas sin viento.
Y a lo lejos el boj,
prisionero en su propio laberinto
tan verde y solo verde,
ahí tan verde entre el excesivo azul.

Quise besarte y eras solo estatua
transparente en tu lejana robustez.
¡Líquenes y verdín... y tú callando!

Y Dios abrió sus manos esperadas,
cayó la primavera y quedó todo,
culpable de milagros...